

tan tenaz como el *non possumus* religioso pronunciado á orillas del Tíber.» Así se expresaba Stoffel, y la triste conclusión del informe era que Francia, lejos de disminuir sus fuerzas, *se armase hasta los dientes*.

Armamento hasta los dientes, urgente preparación de la guerra, tales eran las palabras que oían resonar en torno de ellos los ministros del 2 de enero. Habían subido al poder con el generoso programa de paz que era entonces el de la Francia liberal, y una fuerza invencible los precipitaba fuera de su senda. No podían resolverse á *armarse hasta los dientes*. La proyectada disminución del contingente fué mantenida (1). El mariscal Leboeuf hasta restringió el número de caballos de artillería y aplazó decididamente la organización de la guardia móvil. Sin embargo, el emperador, menos tranquilo que sus ministros, persistía en sus proyectos de alianza diplomática. A esta época se remonta una postrera y cariñosa tentativa para unir, mediante compromisos positivos, el Austria á la Francia.

Un viaje del archiduque Alberto sirvió de ocasión para nuevas negociaciones. En marzo de 1870 el príncipe vino á Francia y se detuvo en París. Este eminente personaje encarnaba viejas glorias y glorias recientes. Era hijo de aquel archiduque Carlos que un momento había contrabalanceado la fortuna de Napoleón; con la batalla de Custoza él había aumentado la herencia paterna, y pasaba por uno de los mejores generales de su época. Fué recibido con la más deferente cortesía, sobre todo entre los militares. El ministro de la Guerra obsequióle con un banquete y aprovechó la ocasión para presentarle cierto número de oficiales generales. Como el príncipe viajaba de incógnito, la recepción no tenía carácter oficial; pero los recuerdos del pasado, las inquietudes del porvenir y la idea de una futura confraternidad de armas le prestaban una conmovedora solemnidad. Hablóse de Custoza, del ejército francés, del valiente y leal ejército austriaco. Esto dicho, todo el mundo calló, y el silencio, que nadie dejó de comprender, puntualizó el resto. De Prusia, de Bismarck, apenas se pronunció el nombre; hay materias de que no se habla nunca, precisamente porque no se deja de pensar en ellas.

Esperábase que á aquella fiesta de aparato seguiría alguna conversación más precisa. El Sr. Daru y el mariscal Leboeuf permanecieron ajenos á toda negociación (2). Pero el archiduque vió varias veces al soberano, discutió con él las probabilidades de la guerra, y ambos afirmaron una vez más la oportunidad de la unión entre los dos países. Elaboraron después un plan general de campaña y convinieron en que, al regresar á su patria, el príncipe vería á Francisco José. Después de esta entrevista iría un mensajero de París á Viena, si convenía.

El archiduque salió de Francia. Calmóse entre los militares la emoción que durante algunos días había sido muy viva. En los círculos ministeriales, la principal preocupación consistía en el mantenimiento de la paz. El fracaso del proyecto de desarme, fracaso muy previsto, no había debilitado las esperanzas. En el mes de abril, Daru abandonó su cargo, y Emilio Ollivier, que

(1) Ley de 8 de abril de 1870.

(2) *Enquête parlementaire sur les actes du gouvernement de la Défense nationale, déposition des témoins*, tomo I, pág. 42.

se encargó interinamente de la cartera de Negocios extranjeros, tuvo empeño en acentuar el lenguaje de su predecesor. No se cansaba de repetir que no había que dar al Sr. de Bismarck ningún pretexto para reanimar los odios germánicos. En el mes de mayo supose el nombre del nuevo ministro de Relaciones exteriores. Era el duque de Gramont, embajador en Viena.

En medio de estos incidentes, el emperador no olvidaba sus recientes entrevistas con el archiduque Alberto, y estaba impaciente por reanudar las negociaciones apenas entabladas. El 19 de mayo reunió en una especie de conciliábulo al mariscal Leboeuf y á los generales Frössart y Lebrún: el primero se hizo acompañar por el general Jarrás, director del depósito de la guerra, que había de proveerse de los mapas necesarios. La conferencia, referida más tarde por uno de los asistentes, ofrece un curioso ejemplo de los proyectos grandiosos que, aun después de tantas desilusiones, el emperador se obstinaba en acariciar. Napoleón desarrolló el plan que dijo haberle sido sometido por el archiduque. En la eventualidad de una guerra con Prusia, un ejército francés retendría al enemigo en las márgenes del Sarre, mientras otro ejército penetraría en Alemania, la atravesaría toda entera y se juntaría en Baviera con los austriacos. Al mismo tiempo un ejército italiano (pues Italia uniría su acción á la de Austria y Francia) desembarcaría en Baviera por el Tirol. Para completar el ataque, una escuadra francesa entraría en el mar del Norte. Por otra parte no dudaban que los Estados del Sur se sublevarían contra Prusia, que Hannover aprovecharía la ocasión para recobrar su independencia y que Dinamarca, excitada por la proximidad de nuestra escuadra, ardería en deseos de borrar sus precedentes derrotas. Acosado así por todas partes, el enemigo se vería reducido muy pronto á capitular. La exposición terminó sin que el respeto permitiese interrupción alguna. Cuando el emperador hubo concluido, cierto embarazo prolongó el silencio. ¿Qué quedaría del proyecto una vez eliminado todo lo que era sueño ó ilusión? No tardaron en ser formuladas las objeciones. El plan, magnífico sin duda, exigía para tener éxito dos cosas: una lentitud extrema por parte de Prusia y una extrema celeridad de parte de Austria é Italia. A juzgar por la experiencia del pasado y por los informes del presente, ¿no sería en Berlín donde irían aprisa y en Viena donde se procedería lentamente? El interés se trocó en verdadera decepción cuando Napoleón III añadió que el Austria pedía, á partir del rompimiento de las hostilidades, un plazo de seis semanas para entrar en campaña. En presencia de esta condición que ya presentían, pero que hubieran querido poner en duda, redoblaron las críticas. Esta estipulación de plazos hasta pareció disimular en nuestra pretendida aliada la segunda intención de seguirnos en la victoria ó de abandonarnos á nuestra fortuna adversa. El emperador no quiso admitir este maquiavelismo como indigno de Austria, como indigno, sobre todo, del archiduque Alberto. Planteóse la cuestión de saber si era posible, sin aliados y á descubierto, soportar durante seis semanas el choque del enemigo. Dos de los miembros del consejo, el mariscal Leboeuf y el general Frössart, tenían empeño en no abandonar su plan que había sido discutido con Austria y que el soberano patro-

cinaba. Empezaron á estudiar las cartas geográficas compás en mano, y buscaron combinaciones dilatorias que diesen á nuestros aliados el tiempo de entrar en línea de combate. Todos los esfuerzos fueron vanos, y la conclusión (de la cual hubieran debido acordarse dos meses después) fué que el ejército francés era insuficiente para luchar sólo durante seis semanas contra toda la Confederación de la Alemania del Norte. Jarrás dobló melancólicamente sus mapas y los demás miembros del consejo se separaron pensativos.

A pesar de tan desfavorables indicios, el emperador no desconfiaba de la alianza. Había prometido enviar á la corte de Austria un delegado que continuara las negociaciones, y confió esta misión al general Lebrún, que era uno de sus ayudantes, entregándole una carta autógrafa para el archiduque Alberto. El objeto de la misión era doble, el mensajero había de traducir en estipulaciones positivas la inteligencia militar iniciada en París, y había de insistir, además, para que Austria entrase en campaña al mismo tiempo que los franceses y renunciase á unos plazos que podían comprometerlo todo.

En 28 de mayo, el ayudante salió de París. Continuó su camino lentamente y á través de toda clase de rodeos, ya porque juzgase el tiempo poco precioso, ya porque quisiese estudiar de paso las cosas de Alemania ó ya porque quisiese dar á su viaje las apariencias de un viaje de recreo. Llegó á Viena el 6 de junio.

La hora era decisiva para la alianza. Si á tantas conferencias vagas, si á tantas negociaciones falaces se añadía un nuevo fracaso, nuestro interés y hasta nuestra dignidad nos obligarían á confinarnos en el recogimiento. El 7 de junio, el general Lebrun fué recibido por el archiduque, en el castillo de Baden. Las primeras palabras del príncipe fueron muy propias para disipar las esperanzas demasiado tenaces. Declaró que si trataba la cuestión militar era desde el punto de vista puramente teórico y, según su propia expresión, puramente *académico*. Añadió que el Austria no prometería lo que no podía cumplir. ¿Qué prometía? Sobre esto, el archiduque evitó explicarse, ya porque no conociese á fondo las intenciones de su gobierno, ya porque, como soldado ante todo, se juzgase incompetente para entrar en la política. Repitióse, en fin, una frase que por sí sola hubiera hecho frágiles todos los compromisos: el Austria, invocando el estado de sus instituciones militares y las lentitudes de su movilización, persistía en pedir un plazo de seis semanas para entrar en campaña.

El general Lebrún volvió tres veces al castillo de Baden. En las entrevistas siguientes, el archiduque se remontó hasta las más altas esferas de la estrategia. Su lenguaje fué el de un profesor que explica una lección y que, celoso de la buena reputación de que goza, cuida de que aquella sea excelente. Trazó el cuadro de las guerras futuras, con esa especie de serenidad científica con que se cuentan de ordinario las guerras pasadas. Repitió detalladamente el plan de campaña cuyas grandes líneas había expuesto hacía poco en París. Formaríanse dos ejércitos franceses, uno para la defensa de las fronteras, y el otro en previsión de una marcha ofensiva á través de la Alemania. El Austria entraría en campaña, pero solamente á la hora señalada, y después

de ella Italia. En apoyo de su demostración aducía ejemplos y recuerdos históricos, como era natural que lo hiciese un hombre doblemente instruído por el estudio de las guerras napoleónicas y por la meditación de los ejemplos paternos. A esto añadía toda clase de consejos. Convenía declarar la guerra en abril, porque en la primavera los reclutas prusianos carecían todavía de instrucción y, por otra parte, era poco de temer la intervención de Rusia, por hallarse intransitables los caminos y debilitados los soldados con licencia semestral, muy ortodoxos, á causa de las privaciones de la Cuaresma. El general Lebrún se sentía subyugado por tal abundancia de hechos y de argumentos. En el momento de más entusiasmo, renacía la idea de los plazos que Austria reclamaba, y esta idea apagaba súbitamente los ardores. El enviado francés calculaba que Prusia, en menos de quince días, podría llevar todas sus fuerzas á orillas del Rin: «¿Cómo queréis, decía, que permanezcamos cerca de cuatro semanas á descubierto, mientras que, so pretexto de preparativos que terminar, prolongaréis vuestro estado de neutralidad?» A esta objeción que el ayudante imperial formulaba en alta voz se añadía una sospecha que su espíritu no lograba rechazar. El gabinete de Viena, al aplazar su acción, ¿no abrigaba el secreto designio de no decidirse sino después de la victoria?

Francisco José se encontraba en el castillo de Luxemburgo, donde quiso recibir al general Lebrún. La entrevista tuvo efecto el 16 de junio en una de las alamedas del parque. El emperador acogió al enviado de Napoleón con mucha afabilidad. Pero pronto dejó comprender que su principal preocupación consistía en observar una prudencia llevada hasta la circunspección. Desde las primeras palabras, puso empeño en reprobar todo lo que fuese explosión de cólera ó aventura. «Quiero la paz, dijo, y no haré la guerra á no ser que me obliguen.» Repitió que en caso de conflicto le sería imposible empezar las hostilidades al mismo tiempo que Francia, y continuó en estos términos: «Si yo declarase la guerra al mismo tiempo que Napoleón, Prusia explotaría contra nosotros la idea alemana, no solamente en su territorio, no solamente al Sur del Mein, sino que también en el imperio austro-húngaro; de ahí grandes dificultades para mi gobierno.» El soberano quiso señalar la hipótesis, hipótesis probablemente única, en que se creería obligado á unir su suerte á la de la corte de las Tullerías. «Si el emperador Napoleón se viese en la necesidad de aceptar ó declarar la guerra y se presentase con sus armas en el Sur de Alemania, no como enemigo, sino como libertador, yo tendría que declarar, por mi parte, que hacía causa común con él. A los ojos de mis pueblos no tendría yo más remedio que unir mis armas á las armas francesas.» Esto dijo Francisco José y añadió con cierta solemnidad: «Os ruego que digáis todo esto al emperador Napoleón.» En este terreno, el general Lebrún no se creyó autorizado á seguir al monarca austriaco. No era más que un militar llamado á discutir una cuestión militar. Y no era una de las menores anomalías de la negociación el que se discutiese sobre la cooperación estratégica de ambos ejércitos sin haber determinado antes las eventualidades en que los dos ejércitos se unirían. No atreviéndose á provocar explicaciones más precisas, el general francés se limitó

á contestar oportunamente: «El objeto de mi soberano el emperador es precisamente establecer de antemano la inteligencia á fin de que, en caso de guerra, no se nos sorprenda en flagrante delito de falta de preparación.» Francisco José aprobó esta prudencia y entró luego en generalidades, lo que le dispensaba de explicarse más. Finalmente, después de desviar la conversación sobre diversos asuntos, despidió con mucha afabilidad al delegado (1).

El 22 de junio, Lebrún regresó á París, y pocos días después, en un largo informe á su soberano, refirió detalladamente su viaje. El general se guardaba de toda conclusión positiva. Para todo el que había seguido las negociaciones de los años anteriores, la conclusión se imponía de por sí. Decididamente los militares austriacos se prestarían con una complacencia infinita á discutir la estrategia de la guerra futura; pero no entendería empeñar más que *debates académicos*, según la frase del archiduque Alberto. Con no menos amabilidad los hombres de Estado vieneses nos prodigarían todas las flores de la diplomacia; pero no serían más que flores sueltas, nunca el ramo de los desposorios. Sin cuidar más que de sí misma, el Austria (¿quién hubiera osado censurarla después de sus reveses?) haría residir su patriotismo en su egoísmo, y las dos palabras tendrían para ella un sentido único. Fundándose en sus tradiciones de formalismo y sacando partido de sus propias lentitudes, declaraba de antemano que llegaría tarde, muy tarde, lo cual significaba que, en caso de derrota, se detendría en el camino.

A pesar de su mediocre éxito, la misión del general Lebrún no hubiera sido inútil si el emperador, relacionando este reciente desengaño con los desengaños antiguos, hubiese aprendido con esta nueva experiencia á calcular sus empresas según sus propias fuerzas. Pero Napoleón tuvo tiempo de leer el informe de su ayudante? Este informe lleva la fecha de 30 de junio de 1870. Dos días después había de surgir el incidente en que se absorbería todo lo demás. Hemos explicado las causas generales que presagiaban la guerra. He aquí el acontecimiento que la precipitó de pronto.

VII

En España fué en donde se inició el drama que había de terminar en nuestra frontera del Este. Es, pues, preciso, aunque para ello nos veamos obligados á volver atrás, estudiar desde sus orígenes la intriga que tan fatal debía ser para Francia.

En el mes de septiembre de 1868 había estallado en la península hispánica una insurrección que, comenzando en el puerto de Cádiz, entre las tripulaciones de la escuadra, se extendió por la ciudad y desde allí se propagó por toda Andalucía. No hubo más que una batalla, en el puente de Alcolea, en la carretera de Córdoba; y muy pronto la rebelión llegó hasta Madrid y, desarrollándose por todos lados, se convirtió en revolución. Anuncióse el regreso de la reina Isabel que veraneaba en San Sebastián, pero luego hubo contraorden: la soberana, en vista de que las noticias eran cada vez peo-

(1) Memoria del general Lebrun al emperador, 30 de junio de 1870.

res, consideró inútil esperar una intimación más imperiosa del destino, y en 30 de septiembre pasó la frontera francesa, y acogida por Napoleón con todos los miramientos debidos al infortunio, recibió asilo en el palacio de Pau.

La sublevación era obra común de tres partidos: los *unionistas*, representantes de las aspiraciones templadas de la clase media liberal; los *progresistas*, que deseaban más amplias reformas; y los *demócratas*, partidarios en su mayoría de la república federal. Tres personajes se destacaron en la revolución: el general Serrano, el almirante Topete y el general Prim; los dos primeros pertenecían á la Unión liberal, y el tercero, que era el que había de desempeñar un papel más importante, era el jefe de los progresistas. Organizóse un gobierno provisional, en el que Serrano fué presidente del Consejo y Prim ministro de la Guerra, y cuya preocupación más urgente debía ser restablecer la calma. El nuevo poder no omitió nada para realizar este objeto, y Prim, que había dirigido cuatro ó cinco insurrecciones, púsose incontinenti á predicar la disciplina. Como importaba que el pueblo fuese consultado por un procedimiento menos irregular que el de una revolución, en enero de 1869 se celebraron elecciones de representantes en Cortes. Sólo entre los demócratas había republicanos; los unionistas y los progresistas permanecían fieles á la idea monárquica. Las elecciones respondieron á estas tendencias, y desde que fué conocida la totalidad de los elegidos, vióse claramente que España no haría más que cambiar de dinastía.

¿Cuál sería el monarca? Aquí comenzaron las investigaciones largas, laboriosas, complicadas, con embrollos parecidos á los de un *vaudeville*, pero de un *vaudeville* destinado á convertirse de pronto en tragedia.

En estos comienzos de la crisis española, no deja de ofrecer interés estudiar las opiniones que se sostienen en Alemania. Muchos creen que una revolución tan lejana no puede influir en los destinos de la monarquía de Prusia: «La cosa es para nosotros indiferente y gracias á Dios podemos esperar tranquilamente el desenlace,» dice en su correspondencia el consejero secreto de legación Abeken, agregado á la persona del rey (2). En otros centros manifiéstase el temor de que el gabinete de las Tullerías quiera aprovecharse de los acontecimientos. En una carta de 30 de octubre de 1868 dirigida al príncipe real de Prusia, se alude á la suerte futura de la península hispánica: «Sobre todo, dícese en ella, nada de regente bajo la dependencia de Napoleón.» A todo esto comienza á circular en Alemania un rumor cuyo origen es difícil descubrir, y vagamente, con palabras veladas, se habla, para ocupar el trono de Isabel, del príncipe Leopoldo, primogénito del príncipe Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen y hermano de aquel príncipe Carlos que dos años antes había sido llamado á gobernar la Rumanía. El *Journal des Debats* da la noticia tomándola de una correspondencia de Viena (3); y en Berlín el representante de la reina Victoria, lord Loftus, acoge el rumor y lo transmite en una carta particular al jefe del *Foreign-office*, añadiendo esta frase que indica ya una previsión inquieta: «Hago observar que

(2) Enrique Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, pág. 363.

(3) *Journal des Debats*, 13 de noviembre de 1868.

si el príncipe fuese elegido, la elección sería mirada con celos y desagrado en París (1).»

El día 11 de febrero de 1869 se reunieron las Cortes, que mantuvieron al general Serrano en sus funciones de jefe del poder ejecutivo y á los ministros en sus respectivos cargos. Muy pronto se sobrepuso á todas las cuestiones la de elección de soberano: los unionistas deseaban al duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe y ciudadano español por haberse casado con una hermana de la reina Isabel; los progresistas eran partidarios de un príncipe portugués y sus preferencias les in-

parentado con otras familias reales europeas: habíase casado con una princesa de Braganza; como en compensación de los lazos que le ligaban á Prusia, estaba unido por varios modos con los Bonaparte, pues era pariente de los Murat y de los Pepoli; y además por su madre, princesa de la casa de Baden, era nieto de Estefanía Beauharnais.

Mientras se tramaban estas intrigas, en las que nadie reparó hasta que ya era demasiado tarde, Francia seguía con atención taciturna los acontecimientos de España. La Revolución había sobrevenido en el peor momento,



Isabel II de España

clinaban en favor del rey Fernando de Coburgo, viudo de la reina Doña María y padre del monarca reinante. Además de estas dos candidaturas echábanse á volar en los círculos políticos muchos otros nombres: el duque Amadeo de Aosta, el archiduque Carlos de Austria, el príncipe Alfredo de Inglaterra y el príncipe Felipe de Coburgo. Así las cosas, publicóse un folleto que causó en Madrid cierta sensación; estaba firmado por un diputado á Cortes, el Sr. Salazar y Mazarredo, y en él se proponía en primer término al rey viudo, Fernando de Portugal, y en previsión de una negativa de parte de éste, que parecía probable, á Leopoldo de Hohenzollern. Contaba este príncipe treinta y cinco años, es decir, que se hallaba en la madurez de la edad; era casado y padre de familia, católico sin ser ultramontano; tenía un criterio recto, una inteligencia vigorosa y una fortuna considerable; era oficial del ejército prusiano y estaba unido á la familia real de Prusia, aunque por un vínculo que se perdía en la noche de los tiempos, puesto que para encontrar al ascendiente común era preciso remontarse al siglo XII. Leopoldo estaba además em-

es decir, cuando más cordiales eran las relaciones entre Napoleón y la reina Isabel. Italia podía felicitarse de ver desaparecer, con la caída de la reina, uno de los gobiernos más adictos al papado; Prusia, potencia siempre en acecho, podría husmear algún provecho en aquella nueva complicación de Europa; para Francia, en cambio, todo había de ser causa de desazón. En efecto, la República sería una vecindad comprometida; la elección del duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, parecería un acto poco grato para la dinastía napoleónica; la de un miembro de la casa de Saboya aumentaría con exceso la influencia de Víctor Manuel. De todas las elecciones, sin embargo, ninguna habría sido considerada más perjudicial que la de un príncipe prusiano; pero los rumores acerca de esto eran demasiado vagos para preocuparse de tal contingencia. La única solución satisfactoria habría sido que los caudillos de la Revolución, consintiendo en volverse atrás de todo lo hecho, llamaran al hijo de Isabel, al príncipe de Asturias; pero esta era precisamente la solución menos verosímil y la que Prim había calificado de imposible.

El Sr. Benedetti, desde su puesto diplomático, dedicábase á recoger con cierta vigilancia, pero sin la menor inquietud, los rumores que circulaban; pero á fines de

(1) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, 2.ª serie, tomo I, pág. 236.